

presa después, por cierto que en edición limpia y correcta que honra á los tipógrafos orizabños, en 1891, precedida de un prólogo del mismo que esto escribe. Esta circunstancia me exime de decir ahora cuántos y cuán grandes son á mi entender los merecimientos de la obra, pues no haría más que repetir lo que en su oportunidad manifesté con toda la sinceridad y con todo el entusiasmo de que soy capaz. Ni es necesario tampoco insistir en señalar aquí las bellezas y el indiscutible mérito de *La Calandria*, toda vez que en el magistral estudio sobre *La novela en México*, debido á la docta pluma del Sr. Moreno Cora, y escrito precisamente con motivo de *La Calandria*, están expuestos, bañados con luz meridiana, los primores que esmaltan y avaloran tan esmerada obra artística. Llena el estudio del Sr. Moreno las páginas 393 y siguientes, hasta la 427 del tomo XXXII de esta Biblioteca, tomo en el que fueron recopilados numerosos y excelentes opúsculos del ilustre maestro de Rafael Delgado, quien no obstante la sobriedad que le es genial y que se revela en la mayor parte de sus escritos literarios y especialmente en los críticos, no escatima los elogios á que, á su juicio, es acreedora la obra.

*Angelina* es el título de la segunda novela, y de ella se han hecho ya dos ediciones, como de la primera. Es, valiéndome de las propias palabras del autor en el prólogo por él mismo escrito, la historia de un muchacho pobre; pobre muchacho tímido y crédulo, como todos los que por allá por el 67, se atusaban el naciente bigote creyéndose unos hombres echos y derecho

historia sencilla, vulgar, más vivida que imaginada, de un lector de libros románticos; novela sin hondas trascendencias y problemas, pero eso sí, novela que porque lo es, es una obra artística puesto que el objeto principal es la belleza.

*Angelina*, —decimos nosotros,— sin ser ni mucho menos, una imitación de la celebrada *Maria* de Jorge Isaacs, legítimo timbre de gloria para las letras colombianas, tiene grandes afinidades con ella.

Embellecen las páginas por nuestro compatriotas escritas, descripciones maravillosamente exactas de una región encantadora de nuestro suelo, en la cual con mano pródiga derramó el Hacedor Supremo, para encanto de los ojos y arrobamiento del alma, bellezas peregrinas, imponderables, cuya copia ó descripción está reservada á los artistas eximios, llámense pintores, poetas ó novelistas.

Aquel Rodolfo que nos presenta Delgado en el cuento que aparece en las páginas 165 á 173 de este libro, adolescente más bien que niño, por más que así le llame, es ya un jóven de cuyo corazón se desbordan la ternura y el amor, como de las cascadas de Rincón Grande y Barrio Nuevo las espumosas aguas, purísimas y arrulladoras. Rodolfo, en el cuento, es presa de una alucinación y ama á Cordelia, la heroína de la tragedia del rey Lear, de Shakespeare, representada en un magnífico grabado que adorna el gabinete de estudio del padre del jóven soñador. Aquel amor que le arranca lágrimas, que le aleja de los entretenimientos propios de su edad, no es sino el primer vagido de la pasión

Delgado.—C.

verdaderamente amorosa que más tarde se adueñará del alma de Rodolfo.

En el cuento alborea entre nieblas sonrosadas el herrioso día del amor primero, que bañará de luz espléndida y poblará de armonías dulcísimas, la voz de Angelina, la casta y pura doncella predestinada al dolor y á las lágrimas, al sacrificio, y que acaba por buscar el consuelo y la paz convirtiéndose en Hermana de la Caridad.

Dijo Rafael Delgado en el prólogo de su novela, que ésta había sido vívida, más bien que imaginada, y no necesitaba decírnoslo para que así lo comprendiéramos. Tanto es así, que, entre los que la han leído, muy contados son los que no ven en ella algo así como un relato autobiográfico.

Acerca de la *Angelina* existe un estudio del insigne hablista y literato Don Rafael Angel de la Peña, notable y acertado como suyo, y que no deben prescindir de leer los que deseen robustecer con opiniones doctas su propio juicio respecto al novelador de que tratamos.

De *Los parientes ricos*, tercera novela de Delgado, pocas palabras tenemos que decir, porque aun no se termina su publicación. En lo que de ella conocemos, y es según tenemos entendido, la mayor parte, encontramos las mismas galas del buen decir, las mismas facultades pictóricas que en las anteriores, desarrolladas acaso con más fulgurante brillo por la práctica ó ejercicio, y encontramos como novedad, que el autor, sin prescindir de su amado terruño, hace pasar una parte de la acción en la metrópoli mexicana y

en medio, como se usa hoy decir, diverso del en que hasta ahora han actuado sus personajes. Sin ser una novela tendenciosa, brinda verdaderas enseñanzas, pues como todo cabe dentro del género, *Los parientes ricos* son, si no me equivoco, una sátira de las costumbres que privan hoy en cierta clase de la sociedad que está inficionando, corrompiendo más bien, á su fiel limitadora, que es la llamada clase media. Parecen haber sido escritas á propósito de los *Parientes ricos* de nuestro Delgado, las siguientes líneas de un artículo que apenas hace un mes publicó el crítico francés Marcel Ballot acerca de una novela parisiense: "Cuánto preferimos, dice Ballot, esta sátira social en que la observación se reviste de espiritual fantasía, al sadismo laborioso y displicente de ciertas páginas, á esas complicaciones malsanas, á esas imágenes pavorosas que parece haber soñado, bajo la embriaguez del veneno, algún mórbido fumador de opio!"

La sátira en la última producción de Delgado es tan fina, tan delicada, que los mismos flagelados sonreirán al recibir los primeros latigazos; después vendrán los resquemores y, tal vez, tal vez el crugir de dientes, la rabia por la impotencia en que se hallan para reducir á cenizas los ejemplares todos del libro, y al autor mismo.

Y bien, dirá acaso el que haya tenido paciencia para seguirnos hasta aquí, ¿á qué escuela literaria ó, para ser más exacto, á qué agrupación de novelistas pertenece el autor de la *Galandria*, de *Angelina* y *Los Parientes Ricos*? Responderé sin vacilar: á los realistas. Sí, no hay por qué asustarse: Rafael Delgado es novelador realista

en la más noble y genuina expresión del vocablo, como lo son igualmente Don José López Portillo y Rojas en *La Parcela* y en sus *Novelas Gortas*, D. Emilio Rabasa en *La Bola* y en sus dos novelas posteriores, el Dr. D. Porfirio Parra en *Pacotillas*, en ese libro notable por más de un concepto, que la crítica no ha analizado todavía pero que día llegará en que se le asigne el prominente lugar á que es acreedor, y Don Manuel Sánchez Mármol en *Juanita Sousa* y en su inédito *Antón Pérez*; cuatro autores realistas que en nuestros días forman la vanguardia de los que en México han hecho florecer esa rama de la literatura que lleva el nombre de novela, cultivándola con esmero todos ellos, conforme á la técnica de su propia escuela, sin diferir en los procedimientos pero sin dejar por eso de imprimir á su obra, cada uno de ellos, el sello de su genialidad y de su temperamento; por donde viene á observarse, para bien de las letras mexicanas, que á pesar de que nuestros primeros novelistas comulgan en un mismo altar, el conjunto de su producción no es monótono, porque por feliz manera realizan la unidad dentro de la variedad.

Volvamos á nuestro autor.

Decimos que es *realista*, porque el realismo comprende y abarca, según lo dijo tiempo há, muy atinadamente, la Sra. Pardo Bazán, lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concilia y reduce á unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional, excepción hecha de las exageraciones y desvaríos de las dos escuelas extremas y por precisa consecuencia exclusivistas.

De Rafael Delgado puede decirse lo que de Daudet observa Zola es decir, que tiene la pasión de los vastos horizontes reales; que cree en la necesidad de los medios exactos y de los personajes estudiados según el natural; que saca la materia de sus obras de la vida moderna y aún profesa por los cuadros populares y burgueses un particular cariño. Hay todavía otros puntos de contacto entre las novelas de Daudet y las de Delgado. Sea el primero, que aquél, como éste, rindió culto á la poesía antes que á la novela, y por eso existe en sus obras algo así como el perfume de sus florestas y como el canto de las aves que las pueblan. En segundo lugar, cuando Delgado emplea la sátira no lanza dardos envenenados sino que, como el novelista provenzal, sonriente, sin acerbidad visible, según el crítico acabado de citar, oculta la violencia de sus ataques. Cualquiera lector experimentado verá de resalto estas similitudes en muchas páginas de *Angelina*, poéticas sin empalagoso alímbar, y en las incisivas frases satíricas que aquí y allí están diseminadas en *Los Parientes Ricos*.

Con los Goncourt tiene también ciertas semejanzas, por más que tan dispares sean si en el naturalismo pornográfico de los hermanos Goncourt se hace hincapié nada más. Determinan ese parecido la importancia secundaria que Delgado atribuye como aquéllos á la trama de la novela hasta protegerla desdeñosamente puede decirse, y sobre todo la manera que tienen para sentir lo bello en la naturaleza los tres novelistas. Cuanto pudiera yo decir á este respecto, sería incoloro, poco convincente, comparado

con lo que Zola con maestría insuperable escribe al estudiar la obra de los Goncourt. Escuchadle:

“Los Goncourt, dice, han aportado una sensación nueva de la naturaleza. He ahí su nota característica. No sienten como antes de ellos se ha sentido. Tienen nervios de una delicadeza excesiva, que centuplican las menores impresiones. Cosa que ven, la reproducen pictóricamente y musicalmente, brillando y vibrando, henchida de una vida personal. Un paisaje no es ya una descripción; al conjuro de las palabras, surgen los objetos y todo se reconstruye. Hay entre líneas una continua evocación, un espejismo que suscita ante el lector la realidad de las imágenes. Y hasta resulta excedida la realidad; la pasión de los dos escritores le comunica el estremecimiento de la fiebre del arte; prestan á la verdad algo de su emoción nerviosa. Los menores detalles aparecen animados como de un temblor interior; las páginas se truecan en verdaderas criaturas, exuberantes de vida, de suerte que la ciencia de escribir se encuentra trastocada: los novelistas usan pincel y cincel cuando no tañen un instrumento. Ya el objetivo no es contar, no es exponer pensamientos ó hechos, unos en pos de otros, sino presentar al lector cada cosa con su dibujo, con su color, con su olor, con el conjunto completo de su existencia. De ahí una magia extraordinaria, una intensidad de reproducción, desconocida hasta el presente; un modo de describir que suscita el espectáculo mismo de las cosas y hace tocar con el dedo todas las materialidades del relato.

Parece como si se contemplase la pintura de una naturaleza animada, exaltada, donde las piedras poseen sentimientos de seres vivos y donde las personas prestan á los horizontes su tristeza ó su alegría.”

¿Asimilóse Rafael Delgado las facultades mágicas de los Goucourt, por haberse nutrido con la lectura de las creaciones de estos grandes artistas que convirtieron, como dice Zola, en pincel y cincel la pluma? ¿O son por ventura las ineludibles influencias que en su espíritu han ejercido las obras maestras del insigne Pereda, el afortunado renovador de la prosa del siglo de oro de las letras castellanas y cuyas facultades pictóricas no van á la zaga de las de los gemelos literarios franceses que acabamos de nombrar? Aventurada sería cualquiera afirmación en uno ó en otro sentido, por más que para comprobarla en el segundo se adujeran las analogías que sin búsqueda laboriosa se notan en la manera de sentir y pintar la naturaleza admirable y especialísima de Pereda, y la característica de Delgado. Demás de esto, no andaría descaminado quien atribuyera esas analogías al atavismo. Porque,—no debe haberlo olvidado el lector,—sangre montañesa circula en predominante proporción por las venas del autor de la *Calandria*, que es nieto, por el lado materno, de un oriundo de Ramales de las montañas santanderinas, y la ciencia tiene demostrado por medios experimentales, que el varón hereda casi siempre, por modo indefectible, fisiológica y psicológicamente á la madre, á la inversa de la hembra, que refleja y reproduce al padre.

Como quiera que sea, el hecho es que el estudio atento de las creaciones de Delgado enseña que han influido en él así los grandes noveladores franceses como los que honra y gloria son de España, sin que esto implique por manera alguna imitación servil ó ausencia de propia y original personalidad. Ser adepto de una escuela, seguir sus procedimientos, no excluye la libérrima facultad, al realizar la obra personal, de revelar en ella la idiosincracia exclusiva de cada ser, ya se trate de los artistas de la palabra ó de los de la pintura y de la estatuaria.

Antes de pasar adelante, debo advertir que me condujeron á las rápidas disquisiciones que preceden, los reparos que más de una vez he oído oponer á la factura—séame permitido aquí oponer el empleo de este vocablo en el sentido en que hoy se usa en materias artísticas—de las novelas de Delgado. Censúranlas algunos de exceso de descripción y de pobreza de trama ó sea carencia de intrincado argumento, sin paramientos en que si bien dentro del género pueden vivir holgadamente descripciones y peripecias, los modernos noveladores que de más reputación gozan en el mundo, han dado de mano á los recursos empleados hasta el abuso más censurable y más enojoso por los emborronadores de romances folletinescos, poblados de espantables y embrollados episodios.

Hablándonos de sus *Parientes Ricos*, nos decía una vez Rafael Delgado: "En mi plan no entra por mucho el enredo. Da interés á la novela, es cierto, pero si le apartar la mente de la verdad. Para mí la novela es historia, y no siem-

pre tiene ésta la trama y disposición del drama escénico. A juicio mío, debe ser copia artística de la verdad; algo así como *la historia, arte bello*. He querido que *Los Parientes Ricos* fuesen cosa así: página exacta de la vida mexicana."

En esta declaración íntima, confidencial, están reunidas la técnica de Delgado, sus arraigadas convicciones, su credo estético. Ya lo había yo apuntado: es realista sin pretensiones de psicólogo, ni de materialista ó experimental, y por lo tanto, novelador más bien afín de Pereda, que de Daudet y los Gouncourt, sin embargo de que, ya lo hemos visto, irradian en sus obras los fulgores de los geniales naturalistas franceses. Si aquél, es decir, si Pereda nos traslada á sus montañas queridas y nos lleva de la mano hasta las cumbres y desfiladeros donde azota nuestro rostro la helada ventisca, para después refrigerarnos allí al amor de la lumbre junto al fogón en que crepitan los sarmientos que despiden calor y perfume al propio tiempo; si Pereda nos hace contemplar con azoramiento las tempestades horribidas del Cantábrico enfurecido cuyos tumbos suenan á su oído como sinfonía maravillosa, Delgado nos conduce á las márgenes fértiles del Albano, donde brotan florecillas que saturan el ambiente de perfumes suaves, ó bien, por senderos que sólo él, Delgado, hollara, nos hace ascender á eminencias desde las cuales se descubren los paisajes más encantadores; sitios que convidan al idilio y á los ensueños juveniles, tanto como á la meditación ó al reposo. El, para quien las ciencias naturales no tienen secretos, ha hervorizado en

aquellas agrestes soledades; con amor, no con cariño, con verdadero amor, os da á conocer los helechos más raros, las orquídeas de colores más fúlgidos, las aves mejor pintadas y más canoras, las palmeras más gallardas; hasta los insectos que á la hora de la siesta forman con el zumbar de sus alas casi impalpables, un concierto armónico que os arrulla dulcemente. ¿Qué extraño, pues, que con verdadera fruición se entregue, en sus horas de artista literario, á la tarea gratísima de despertar en sus lectores la pasión por los grandes cuadros de la naturaleza? ¿Qué extraño que predomine en sus obras la descripción de lo que es bello, con prescindencias de hondas filosofías?

Todavía hay que hacer mención de un dato que la vida de Delgado nos ofrece y que bien puede aducirse para demostrar que existe, que no es una teoría vana, la ley de la herencia.

Nieto de montañés, ama el campo más que las ciudades, y ya que—porque carece de fortuna y vive de sus trabajos profesionales regenteando cátedras—no le es dado vivir en el campo, procura residir lo menos lejos posible de él. Como Pereda, se malhumora y desespera en la corte madrileña y parece como que se asfixia cuando dentro de su recinto se halla, y corre á poco en busca de su montaña natia, así Rafael Delgado tórnase displicente si á morar en México se ve obligado, y en breve abandona la ciudad cortesana, imitadora de cuanto las capitales europeas ofrecen al que gusta más de los goces de los sentidos que de los del espíritu.

Ni los halagos de la amistad, ni las promesas

de mejoramiento de fortuna, ni las facilidades para dar á la estampa un libro, ni la ambición noble de figurar en el que es por la naturaleza de las cosas el obligado escenario en que se mueven y agitan las personalidades conspicuas, nada es bastante á modificar su indómita pasión por lo bello en la naturaleza, junto á la cual le parecen ficticios, insípidos y hasta envenenadores los refinamientos de la vida en el gran centro urbano.

Pasemos á otro orden de ideas.

El estilo de Delgado, pulcro y galano, no es, como pudiera suponerse, la resultante del laborioso escogitamiento de vocablos peregrinos y de frases redondeadas por la lima con pacientísimo esmero. Es suyo, es personal, espontáneo. Por eso corre sin tropezar con ningún obstáculo; por eso tiene color, ritmo; por eso deja como esculpidas las imágenes. Y porque su vocabulario es copioso y al par selecto, Delgado no se desespera antes de hallar la manera de expresar su pensamiento, ya sea para hacernos asistir á los grandes espectáculos de la naturaleza, ya para que compenetrarnos los diversos estados de conciencia de los seres á que da vida en sus novelas. En su producción literaria, ó digámoslo de otro modo, en la gestación de sus escritos y en lo que gráficamente podría llamarse su alumbramiento, no sufre la tortura que á Flaubert martirizaba cuando en obseso por su neurótica pasión por lo extremadamente exquisito y perfecto, pasaba días enteros, meses, para llegar á escribir una página. Afortunadamente no aqueja á Delgado esa enfermedad de los re-

tinados y de los que por el ansia de singularizarse no quieren llamar pan al pan y vino al vino. Lecturas provechosamente hechas de las obras clásicas de las literaturas antigua y moderna, han trasfundido en su estilo la vida, el color y la armonía, la propiedad del sentido de las palabras, el acierto en la elección de los epítetos, sin que á virtud de esa trasfusión hubiese desaparecido lo que es propio, exclusivo de los escritores geniales. Todo menos que eso, y muy suspicaz será quien pretenda señalar al márgen de las páginas de los libros de Delgado reminiscencias de otros libros, pues lo que con justicia puede observarse es que si la forma es bella, magistral no pocas veces, es porque Delgado no es un autor improvisado, sino que á su labor ha precedido la preparación más esmerada, el abono vivificador de los estudios serios y el riego de nuevas lecturas, que refresca y abrillanta el estilo.

Merecimientos tan indiscutibles, llevaron á Delgado á ocupar un sitio en la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española, circunstancia de la cual, si bien se mira no debería yo hacer mención, para no concitarle la inquina de los pseudocríticos á la Valbuena, para los cuales el título de académico es sambenito y no condecoración, acaso porque no han ahondado para comprenderla, toda la verdad que encierran aquellas palabras que sirven de exordio á la contestación que dió el sapientísimo Menéndez Pelayo al discurso de entrada de Don Eduardo de Hinojosa en la Academia de la Historia: "Son las Academias, dice, congre-

gaciones de hombres estudiosos, instituidas para algún fin de pública y superior enseñanza. Sus puertas, cerradas siempre á la vanidad endiosada, al espíritu de improvisación y de aventura, al histrionismo ostentador y temerario, suelen abrirse de par en par al mérito positivo y modesto, que las más de las veces ni aun necesita salir de su retiro para llamar á ellas. Las honras académicas van por sí mismas á buscarle, á sorprenderle quizá, en medio de sus útiles vigiliias, dándole nuevo aliento para continuarlas. No es título de alarde y vana gloria el de académico, no es título de jerarquía nobiliaria, puesto que no la hay en la república de las letras; es, ante todo, título de función y oficio que sólo pueden desempeñar los doctos y capaces. Para empresas y hazañas de otro género tiene la sociedad otros premios más apetecibles, más envidiados y más brillantes; al hombre literato y estudioso, sólo le quedan las palmas que del estudio nacen y con el estudio crecen."

Pero necesito detenerme, substrayéndome de la atracción que sobre mí ejerce el asunto. Apuntados quedan apuntados nada más, como conviene en trabajos de la índole y de las dimensiones del presente—los diversos aspectos que ofrecen las labores de Delgado como educacionista y como novelador, si meritorias y útiles las primeras, sanas y deleitosas las segundas por cuanto—como alguien ya lo ha hecho notar—siempre hay en ellas un sentimiento elevado y moralizador, que deja en nuestra alma un recuerdo apacible y grato, y esto sin pretensiones de analista.

De su vida pública daremos razón en muy cortas líneas. Ha sido varias veces regidor del Ayuntamiento de Orizaba, secretario del mismo H. Cuerpo y de la Jefatura Política de la propia ciudad, mostrando en el desempeño de dichos cargos celoso afán por el progreso y el bien común, dedicación al cumplimiento de sus deberes y honradez y energía iguales á las que desplegara en el ejercicio de tales funciones el autor de sus días.

Cuanto á sus ideas políticas y religiosas, pocas palabras son suficientes para satisfacer el natural deseo que tienen de que no se les prive de este dato, los que leen la biografía de un escritor de nota. Hijo de familia esencialmente católica, Delgado profesa hoy y ha profesado siempre, la religión heredada, y como creemos haberlo indicado ya, fortalecida por sus estudios de la apología cristiana. Mas no porque sus creencias sean arraigadas y sincero su convencimiento, ni porque á visera alzada las confiese, endereza sus escritos á la propaganda y por ende al combate con los que por otros principios propugnan. Lanza, es verdad, de cuando en cuando en las páginas que escribe, una que otra saeta á los que hacen alarde de ultra-liberales ó jacobinos; pero sin ensañarse, y en el trato social respeta todas las creencias honradas, como quiere que sean respetadas las suyas, que así también lo son.

Y basta ya. Otros á su tiempo y sazón se encargarán de dar mayores proporciones á estas noticias, convirtiendo en bien dibujado y colorido cuadro el boceto que á mí se pidió que eje-

cutara; boceto que Delgado, si fuera egoísta y vanidoso, miraría con complacencia, por cuanto que las páginas por mí escritas, sin belleza y sin relieve, aumentarán por razón del contraste, el goce que proporcionarán al lector los sabrosos y delicados *Cuentos* que este libro encierra.

Coyoacán, Agosto de 1902.

FRANCISCO SOSA.

